

HURLINGHAM: LA MEMORIA EN CONFLICTO

El largo brazo de la represión estatal durante la última dictadura militar y sus dramáticas consecuencias en la zona de Hurlingham. Sostener esa memoria es una tarea imprescindible

“...ese trabajo de la memoria es difícil, está siempre en debate, en conflicto, nunca está seguro de triunfar, siempre debe reanudarse y siempre está tomado en una coyuntura donde él mismo es un desafío.”

Régine Robin, *La memoria saturada*

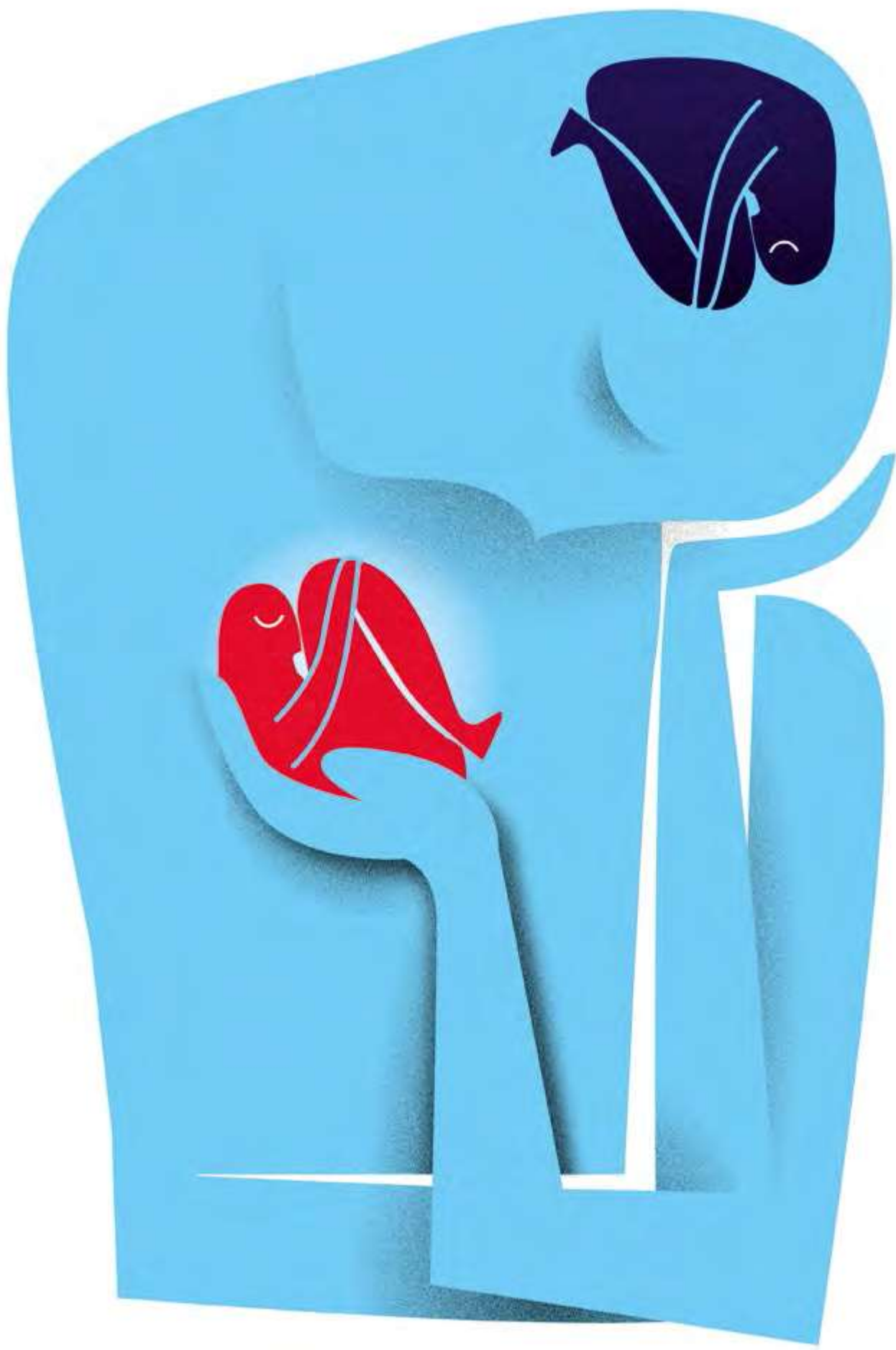
Territorio en disputa

Verónica Torras

Licenciada en Filosofía por la UBA y consultora del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) y del Centro de Justicia y Derechos Humanos de Lanús (UNLA). Fue directora de Comunicación del CELS entre 2005 y 2010 y directora del programa “Memoria en Movimiento” de la Jefatura de Gabinete de la Presidencia de la Nación entre 2011 y 2015. Ha escrito numerosos artículos vinculados con temáticas de memoria, comunicación y derechos humanos.

La cercanía con Campo de Mayo (uno de los mayores centros de detención y del que menos se conoce, por donde se calcula que pasaron entre 3500 y 5000 personas y muy pocas sobrevivieron) con El Palomar (donde estaban emplazados una base aérea, el policlínico Posadas y el Colegio Militar de la Nación) y con Morón (donde funcionaba otra base aérea y el centro clandestino Mansión Seré) hicieron de Hurlingham, durante la última dictadura, un espacio cercado por la presencia militar. La proximidad de estas instalaciones generó un particular impacto sobre distintas zonas del oeste de la provincia de Buenos Aires, especialmente sobre el antiguo partido de General Sarmiento (actualmente dividido en los municipios de San Miguel, José C. Paz y Malvinas Argentinas), el partido de 3 de Febrero (Bella Vista, El Palomar) y la zona de Hurlingham (entonces dependiente del municipio de Morón).

En Hurlingham, el activo proceso de movilización social y política de los años previos a la dictadura y la fuerte organización obrera en instalaciones fabriles, convivió con vecindarios compuestos en buena medida por familias vinculadas a la vida militar y con instituciones conservadoras y aristocráticas. Al mismo tiempo, coexistían en esta geografía la localidad de William Morris, bastión de las organizaciones político-militares Montoneros y ERP, y las instalaciones militares, el club inglés, la iglesia anglicana, el colegio Saint Paul, el Saint Hilda, el Rotary club, el Club de Leones, la Parroquia Sagrado Corazón de Jesús. Aquí vivió durante 15 años Jorge Rafael Videla, mientras cumplía tareas como oficial en Campo de Mayo y conoció, mientras compartía este vecindario, a las monjas francesas desaparecidas Alice Domon y Léonie Duquet, a quienes recurrió para la asistencia de su hijo Alejandro, un niño con discapacidad cerebral que las hermanas cuidaron en la



Casa de la Caridad de Morón, dirigida por el sacerdote Ismael Calcagno, primo político del dictador.

Hasta el día de hoy, una suerte de memoria en suspenso flota sobre este territorio en disputa: la reconstrucción en fragmentos de la historia reciente de la represión debe sortear sólidas resistencias y silencios. Pero también emerge una memoria obstinada, tejida entre otros por Odila, militante de derechos humanos de Hurlingham, detenida-desaparecida y sobreviviente de la ESMA, que fue secuestrada con su marido, Eduardo De Pedro, quien aún continúa desaparecido. Odila emprendió hace muchos años un viaje contracorriente para recuperar los nombres, los lugares, los momentos que hacen posible contar la historia de los desaparecidos de este lugar peculiar del conurbano bonaerense.

Las víctimas

Odila Casella de Pedro, actual Directora de Derechos Humanos del Municipio de Hurlingham, comenzó militando en la resistencia durante la dictadura, más tarde generó la experiencia “Vecinos de Hurlingham por los Derechos Humanos”, de donde surgió el libro *Apuntes del Horror. Los años setenta en Hurlingham y su influencia en la vida nacional* de Fabián Domínguez y Alfredo Sayus, trabajó con familiares de la zona, con Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas en Capital, y en la Asociación Seré por la Memoria y la Vida de Morón.

Odila ha ido construyendo un archivo, compilado por ella misma, de todos los detenidos-desaparecidos y asesinados durante la última dictadura en esta ciudad. El criterio que eligió fue el más amplio posible: se trata de personas que vivían, o militaban, o fueron secuestradas o asesinadas, o trabajaban, o su familia se refugió, en Hurlingham. Los datos básicos que ha ido consignando en este listado a lo largo de los años, contiene los nombres y apellidos de las víctimas, lugar y fecha de su secuestro, domicilio, edad, nacionalidad, número de documento, ocupación, lugar de trabajo, centro clandestino de detenidos donde fueron vistos (zona, subzona o área de pertenencia), número de declaración ante la CONADEP, estado civil y cantidad de hijos. La información recolectada es heterogénea, no en todos los casos fue posible obtener la misma cantidad de datos, pero el trabajo de Odila permite reponer ciertos rasgos fundamentales de las víctimas de esta ciudad: en su gran mayoría se trataba de obreros o estudiantes, jóvenes, militantes sindicales y/o de organizaciones armadas (fundamentalmente Montoneros y el ERP), gran parte de ellos secuestrados entre 1976 y 1977. Al día de hoy, este listado contiene la descripción de 128 casos de personas desaparecidas y

asesinadas. Por otro lado, hay una investigación judicial en curso que se propone verificar la existencia de un centro clandestino de detención en la Casa del Niño de Hurlingham, y existen numerosos testimonios que prueban el uso de la comisaría de Villa Tesei como lugar inicial de detención de muchos desaparecidos, por lo que ha sido declarada recientemente como Sitio de Memoria. Hasta hoy se ha comprobado la existencia de 18 centros clandestinos de detención en el corredor oeste, pero ninguno en esta ciudad. Hurlingham tiene tres nietos restituidos: Victoria Montenegro, Pedro Sandoval y Ezequiel Rochistein Tauro y se sospecha, por la cercanía con Campo de Mayo y su maternidad clandestina y por la presencia significativa de militares en esta ciudad, que puedan existir más casos que permanecen ocultos.

Los circuitos represivos

La represión desplegada de manera sistemática y generalizada por las fuerzas armadas y de seguridad tras el golpe del 24 de marzo de 1976, se orientó a desarticular las formas de movilización y acción política desarrolladas desde la década anterior por distintas organizaciones políticas y sindicales.

La Primera Brigada Aérea formó parte de la Subzona 16 que abarcaba Merlo, Moreno y Morón (incluía entonces Hurlingham e Ituzaingó), donde la Fuerza Aérea comandó la represión ilegal auxiliada por la policía bonaerense. La columna vertebral del esquema represivo en el oeste del conurbano fue la Fuerza de Tareas 100, creada para desarticular fundamentalmente a las organizaciones del frente gremial y estudiantil. El titular de esta fuerza era el brigadier Hipólito Marini, jefe de El Palomar, quien en diciembre de 1977 fue reemplazado por el brigadier César Miguel Comes. La existencia de vuelos de la muerte desde la Primera Brigada Aérea de El Palomar ha sido confirmada en un juicio reciente por treinta y tres soldados que hicieron el servicio militar durante la dictadura en esa base.

Marini y Comes fueron condenados por crímenes de lesa humanidad cometidos en el centro clandestino Mansión Seré, que se convirtió entre 1977 y 1978 en uno de los más importantes dispositivos represivos de la zona oeste del conurbano. Por allí pasaron centenares de personas que fueron torturadas y desaparecidas bajo la responsabilidad de la Fuerza Aérea Argentina. Para los operativos en esta región del conurbano también fueron utilizados “El Chalet” del Hospital Posadas, la Regional de Inteligencia de Buenos Aires (RIBA), “La Casona” (I Brigadas Aérea de El Palomar) y la VII Brigada Aérea de Morón.

Por su parte, Campo de Mayo, que funcionó como centro de las operaciones militares dirigidas contra los militantes sindicales del Gran Buenos Aires y articuló una compleja trama dentro del esquema represivo, se encontraba dentro de la Jurisdicción de la Zona 4 que abarcaba los partidos de Escobar, General Sarmiento, General San Martín, Pilar, San Fernando, San Isidro, Tigre, Tres de Febrero, Vicente López, Exaltación de la Cruz, Zárate y Campana, estaba a cargo del Comando de Institutos Militares, del que dependían las escuelas de “formación” del Ejército, cada una de las cuales tenía un área geográfica asignada en el circuito represivo.

Desde 1976 hasta 1980, funcionaron en Campo de Mayo cuatro centros clandestinos de detención: El Campito o Los Tordos, Las Casitas o La Casita, el Hospital Militar y la Prisión de Encausados. En el Hospital Militar se montó una maternidad clandestina donde dieron a luz numerosas prisioneras embarazadas en ese y otros centros clandestinos ubicados en la zona. Sólo seis de los niños nacidos en ese cautiverio y luego apropiados, han sido recuperados.

Haciendo memoria

A diferencia de lo sucedido en Morón, que tuvo muy tempranamente un núcleo muy activo de familiares y que por iniciativa oficial, durante la Intendencia de Martín Sabatella, inauguró el primer espacio de memoria del país, Hurlingham parece haber transcurrido una suerte de temporalidad tardía. Probablemente el hecho de haber quedado inicialmente subsumido en Morón, y la posterior división de los municipios, generó una especie de dislocación que dejó a Hurlingham más fuertemente al acecho de sus genealogías castrenses y aristocráticas, quienes tuvieron un particular interés por presentarlo como un paraje pintoresco de “...bucólica calma, de tranquilas jornadas, de lento trajinar diario como si fuera una isla...”, tal como destacaban Domínguez y Sayus en su libro, escrito justamente contra esa desmemoria discursiva.

En 2011, luego de una reunión con el entonces Secretario de Derechos Humanos de la Nación, Martín Fresneda, surgió la iniciativa de conformar una Asociación de Derechos Humanos de Hurlingham. Odila se acercó para ello a algunas personas de esta ciudad, entre ellas a Juan Carlos Barroso, hijo de un militante de la Juventud Obrera Católica desaparecido, para proponerles trabajar juntos en esa iniciativa.

El principal objetivo del grupo era “visibilizar lo invisible”, construyendo la trama de la memoria local. En ese marco se realizaron en los últimos años dife-

rentes acciones: encuentros con compañeros y familias de sobrevivientes y detenidos-desaparecidos, jornadas de baldosas, charlas en universidades y escuelas secundarias, marchas, se gestionó un predio en el terreno del ferrocarril Belgrano Cargas destinado a un espacio urbano de memoria. En 2014, un mural homenaje a las Madres de Plaza de Mayo instalado en ese espacio, fue agredido con pintadas ofensivas. Los responsables de esos ataques también provocaron roturas en una muestra realizada por organizaciones locales para conmemorar a las víctimas del terrorismo de Estado de la localidad, poniendo en evidencia las dificultades y acechanzas que supone abordar un trabajo de memoria en el territorio. Tal vez por eso, Juan Carlos insiste en que la apuesta debe hacerse desde abajo y a largo plazo, con los más chicos, de modo horizontal, proponiendo lo que llama una “construcción cultural y social de la memoria”. Por otro lado, plantea la necesidad de darle a esta construcción un marco de investigación y académico, que otorgue una mayor solidez y circulación a los conocimientos que se van acumulando en relación con el pasado. Como sucede en “La carta robada” de Edgar Allan Poe, Juan Carlos dice que en Hurlingham “la evidencia está ahí, pero si no te movés, no la ves”.

Ese movimiento que la memoria requiere para poner sobre la mesa las historias ocultas y al mismo tiempo disponibles, es el que Hurlingham parece estar transitando. Sostenerlo, apalancarlo, darle un espacio para crecer, es responsabilidad de los actores sociales y políticos comprometidos con esta laboriosa y siempre contingente construcción colectiva. ■

Hasta el día de hoy, una suerte de memoria en suspenso flota sobre este territorio en disputa: la reconstrucción en fragmentos de la historia reciente de la represión debe sortear sólidas resistencias y silencios.

Agradecimientos:

Colaboró: Sofía Yantorno (investigación y entrevistas)
Fuentes: Entrevistas a Odila Casella De Pedro y a Juan Carlos Barroso “Apuntes del Horror. Los años setenta en Hurlingham y su influencia en la vida nacional” de Fabián Domínguez y Alfredo Sayus. Ediciones del Pilar, mayo de 2001. Reconocer Campo de Mayo. Relatos y trayectorias de la militancia y el terror estatal. Memoria Abierta: <http://www.memoriaabierta.org.ar/campodemayo/>